

Felicitas Casillo

CARMEN GÁNDARA Y LA CRÍTICA ESTÉTICA COMO REFLEXIÓN FILOSÓFICA: LOS
TEXTOS DE REALIDAD. REVISTA DE IDEAS (1947-1949)

Felicitas Casillo

Universidad Austral, Argentina

Introducción

El presente artículo se propone analizar la obra crítica de la escritora argentina Carmen Gándara (Carmen Rodríguez Larreta de Gándara), publicada en *Realidad. Revista de ideas* (1947-1949). Como se comentará, esta publicación constituyó uno de los proyectos intelectuales más significativos del período de posguerra en la Argentina. A partir de un corpus de trece textos -- entre reseñas, ensayos breves y comentarios -- firmados por Gándara en diferentes números de la revista, en este artículo se examinan las operaciones de lectura, las concepciones de la crítica y las tensiones ideológicas que emergen en sus intervenciones. Este estudio busca describir cómo la autora desarrolla una forma de crítica que trasciende lo meramente valorativo y se concibe como una indagación sobre la realidad y el sentido.

Luego de la obtención de la colección completa de *Realidad. Revista de ideas*, se procedió seleccionar aquellos artículos escritos por Gándara y a descubrir otras menciones de la autora en otros textos de la misma publicación. El recorte temporal (1947-1949), entonces, corresponde al período completo de publicación de la revista y permite comprender la participación de Gándara en el contexto de un momento clave del pensamiento argentino, cuando se reconfiguraban los vínculos entre literatura, filosofía y política cultural. La lectura de los textos fue exploratoria, es decir, no se trabajó con una hipótesis, sino que las características del estilo de Gándara y las peculiaridades de su pensamiento fueron emergiendo a medida que se avanzaba en el estudio del corpus. El análisis de sus textos, poco estudiados hasta el momento, contribuye a valorar y difundir la obra de esta autora, que intervino activamente en el campo intelectual de la posguerra y que, a través de su práctica crítica, ofreció una interpretación del pensamiento americano en la tradición de Occidente.

Gándara y el entorno intelectual de su época

Carmen Gándara, conocida por sus cercanos como “Nena Gándara”, nació en Buenos Aires el 8 de julio de 1900 y murió en 1971. Fue sobrina del reconocido escritor e hispanófilo argentino Enrique Larreta. Se casó el 23 de diciembre de 1920 con Jorge Gándara Santamarina, de quien luego tomaría el apellido para firmar sus obras, y tuvo dos hijas, Carmen y Ana. Perteneció a la elite literaria de la época, entre quienes estaban las hermanas Victoria y Silvina Ocampo, Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges, entre otros. Gándara fue, sin embargo, una autora singular en medio de los suyos, con sus distancias y silencios. La investigadora Cecilia R. Silva de Rodríguez señalaba, en su tesis doctoral en Filosofía, defendida en la Universidad de Oklahoma en 1975: “[...] durante un período de veinte años Carmen Gándara escribe, pero, aun así, es notable su sobriedad productiva. Quizás, esta escritora haya reaccionado ante la vorágine o prisa existencial, negándola, es decir, sustituyéndola por la calma y la soledad” (Silva de Rodríguez 2).

Gándara es un personaje de interés en la literatura argentina del siglo XX. Su obra está integrada por novelas, cuentos, textos de crítica y ensayos, y, al pertenecer a una familia adinerada de la alta sociedad porteña, impulsó, además, diversos proyectos culturales, como *Realidad. Revista de ideas*, a la que se refiere este artículo. Aunque su figura no haya trascendido mayormente en la siempre parcial historia de la literatura, entre sus coetáneos, la figura de Gándara, como se verá a continuación, no pasó desapercibida, y provocó tanto rechazo como profunda admiración.

En sus diarios, Bioy Casares apunta en varias ocasiones la antipatía de Borges y de él mismo por la autora. Suele mencionarla en relación con jurados de premios que integraban juntos, a la SADE (Sociedad

Argentina de Escritores), y al ambiente literario hermético al que los tres pertenecían. Apunta Bioy Casares: “Gándara ha disentido públicamente con mi literatura y sabe que en política no estamos de acuerdo: ella es católica nacionalista, yo soy liberal. Tal vez, desde que se mudó a nuestro edificio, está más cerca como amiga; un pasito, no más” (404). En otras entradas del diario, la crítica es despiadada: “De Carmen Gándara dice Borges que tiene un cerebro comparable a una bola de billar: ‘Como diría Ibarra, ninguna luz la habita’” (Bioy Casares 579). Bioy Casares apunta que Borges también dijo: “Pero ¿quién no es mejor que la Nena Gándara? ¿Qué escritora es ésta? La única persona que uno puede tomar en serio en el grupo es Victoria, y, entre vos y yo...” (407); y también Borges: “Carmen es una mujer complicada, exasperante. Después de todo: ¿qué escribió? [...]” (783); y “Cada día tomo más odio a Carmen Gándara. ¿Qué méritos tiene? No están en la obra” (875).

En cambio, en otros, Gándara provocaba magnetismo y admiración. La escritora María Elena Walsh, quien en ese momento comenzaba a dar sus primeros pasos en el ambiente artístico e intelectual de la época, manifiesta fascinación por la autora:

Tras la ceremoniosa introducción del servidor enguantado, Carmen Gándara aparecía, toda suavidad e ingenio, a repasar las novedades literarias y pispar el mundo de las locas ideas y los gustos adolescentes. La aureolaba su leyenda de ser una de las máximas bellezas porteñas y haber inspirado el gran amor de Eduardo Mallea, quien supuestamente la sacralizó en una de sus novelas.

Era una dama de ojos clarísimos, encandilados, un cutis grabado con minuciosa hidrografía, de voz confesional matizada con falsetes, cómoda en la pose de naturalidad con que ejercía la seducción, hamacando un zapato de gamuza negra con hebilla de *strass*, colmo de elegancia de todos los tiempos.

Entre teteras y variados temas, Carmen ensayaba una explicación sobre los méritos del líder intolerable y comentaba con una risita sarcástica pero piadosa los crecientes esplendores de Esa Mujer². Paradójicamente, la joven de clase estudiantil no cedía en su furibunda intolerancia. La dama era tan sabia como equitativa y sin duda asumía responsabilidades de clase. O sencillamente había vivido mucho, lo necesario para llegar a una síntesis.

Para ella no cabe el olvido ni valen las trampas de la memoria. Carmen Gándara es mi personaje inolvidable. Suele reaparecer, con esa delicadeza de los ausentes que visitan nuestros sueños, para recordarnos que los queremos, murmurando el aforismo de Kafka: *A cage went in search of a bird* (Una jaula fue en busca de un pájaro) (Walsh, “Escenas”).

El sacerdote argentino Monseñor Eugenio Guasta, quien fue amigo de Gándara y de las hermanas Ocampo, conoció a la escritora en una misión de la Compañía de San Pablo, en una de las zonas más pobres de Buenos Aires:

Quien la hubiese visto un anochecer del mes de mayo de 1951, durante la celebración de la liturgia en una parroquia de Dock Sud, más allá de la Isla Maciel, al final de una misión, alto el perfil de estirpe vasco catalana y criolla, cantando con entusiasmo los cantos populares, envuelta en un amplio abrigo, hubiera tenido quizá dificultad en ubicar después a la misma Carmen Gándara en un piso de la calle Posadas mientras en la penumbra del cuarto iluminado por lámparas bajas, de pantallas de pergamino, recibía en un *cocktail* a unos pocos amigos y

se movía entre los convidados con una natural, acostumbrada elegancia, con el prestigio que le daban la belleza y la inteligencia (Guasta, “Victoria, María Rosa y Carmen”).

Luego, Guasta destaca la atracción que ejercía la autora en los escritores de la época:

Un día de abril de 1960, Victoria Ocampo, María Rosa Oliver, y Carmen Gándara, coincidieron, tal como se cuenta en las páginas de un diario, en una misma casa de Buenos Aires:

La invitación a un *cocktail* era de Victoria, en casa de su hermana Angélica, para agasajar a una nuera de lady Astor. Al abrirse la puerta del ascensor en el palier, veo de pronto ante mí una extraña escena. Una estilizadísima figura femenina, envuelta en una *gran robe manteau de velours vert* de la que solamente tenía puesta la manga derecha, ya que la izquierda caía en pliegues sobre su espalda, conversaba con un grupo de hombres mientras se quitaba unos largos guantes negros. Superado el desconcierto inicial, reconocí en aquella extravagante sin extravagancia a la Nena Gándara. Todo sucedía entre el palier y los primeros tramos de la casa; no se sabía si quienes la rodeaban le impedían el paso o querían escoltarla como un séquito. Ellos eran: Pepe Bianco, Eduardo Mallea, Enrique Pezzoni, Adolfo Bioy, Borges y Ernesto Sábato (Guasta, “Victoria, María Rosa y Carmen”).

En ese contexto, Guasta menciona también el vínculo de Gándara con autores españoles, como fue su decisiva amistad con María de Maeztu, por entonces exiliada en Buenos Aires, y José Ortega y Gasset, durante la permanencia del filósofo en la Ciudad. Ella misma recordaba, durante una entrevista con Guasta, la única suya conocida, la influencia de Ortega: “Siempre por aquellos años, el 39, el 40 y 41, la amistad con Ortega, las largas conversaciones con él, me ayudaron a colocarme ante la realidad con la voluntad de mirarla bien y de extraer de ella su mensaje o su cifra” (Guasta, “Carmen Gándara” 394). Otro autor que admiró profundamente a Gándara, a quien consideraba amiga y no dejaba de recomendar, fue el filósofo español Julián Marías. La tesis doctoral de Cecilia R. Silva de Rodríguez, mencionada anteriormente, fue instada por el mismo Marías, a quien Silva agradece en el prólogo.

Una revista en busca de Occidente en América

Realidad. Revista de ideas surgió en Buenos Aires en 1947, en el contexto de la posguerra y del inicio de la Guerra Fría, circunstancias que marcaron profundamente su orientación intelectual. En un clima de reconstrucción moral y de redefinición de los valores de Occidente, la revista se propuso como un espacio de reflexión filosófica y crítica, comprometido con la defensa del humanismo, la racionalidad y la libertad espiritual frente a los totalitarismos y al materialismo, tanto de signo marxista como positivista. El tema central de *Realidad*, al decir del investigador Niklas Schmich

consiste en el diagnóstico y la posibilidad de una superación de la crisis de Occidente. La revista cultural pretende contribuir a una patología de los mecanismos destructivos de la modernidad en un afán humanista al reunir perspectivas de disciplinas muy diferentes como la filosofía, la sociología, la crítica de arte, la ciencia política y la educación (Schmich 6).

Desde esa posición, *Realidad* buscó afirmar la continuidad de una tradición occidental entendida como patrimonio común de la cultura y como horizonte ético para el pensamiento argentino de posguerra. La revista se publicó de forma bimestral en Buenos Aires entre los años 1947 y 1949, sumando un total de 18 números. El director de la revista fue el filósofo Francisco Romero, y el consejo de dirección estaba integrado por Amado Alonso, Francisco Ayala, Carlos Alberto Erro, Carmen R. L. de Gándara, Lorenzo Luzuriaga, Eduardo Mallea, Ezequiel Martínez Estrada, Raúl Prebisch, Julio Rey Pastor y Sebastián Soler. La propuesta original de la revista fue del escritor Eduardo Mallea, muy cercano a Gándara, e impulsada por Francisco Romero, y también por dos españoles exiliados: Francisco Ayala y Lorenzo Luzuriaga. *Realidad* rivalizaba en alguna medida con la famosa revista *Sur* de Victoria Ocampo, aunque posiblemente adjudicar su razón de ser a esa pugna sería injusto. En cambio, puede vincularse su carácter al “parecido de familia” con una reconocida publicación española de comienzo del siglo XX: “[...] hay algo en *Realidad* en que se reconoce la huella de *Revista de Occidente* [publicada entre 1923-1936; fundada por José Ortega y Gasset] [...]. *Revista de Occidente* es, a mi modo de ver, una suerte de modelo de *Realidad*” (Martín 175).

Realidad. Revista de ideas pertenecía a una “misma fracción representante de la cultura según la elite dominante”, aunque luego recibiría textos de “un segmento del exilio español representado por la intelectualidad liberal republicana” (Macciuci 60). Sin embargo, autores de diverso cuño participaron en la publicación -- hay textos de Borges, Sábato, Cortázar -- y esto podría indicar, si no una amplitud ideológica, sí una cierta flexibilidad de pensamiento respecto a su línea editorial.

En el primer número de la revista (enero-febrero de 1947), a modo de manifiesto, se describía en el editorial cuál era su misión y visión del contexto histórico:

Nuestra cultura -- la vieja e ilustre cultura de Occidente -- ha llegado hoy a una situación excepcional. Por una parte, atraviesa formidable crisis; por la otra, se halla en la obligación de proporcionar al mundo entero [...] un programa completo de vida y de pensamiento, porque el proceso de unificación mundial que venía avanzando desde hace tiempo se ha acelerado prodigiosamente en los últimos años [...], haciendo de todo el planeta una sola unidad. Este es el hecho gigantesco que debe afrontar el hombre occidental: su cultura, quebrantada por una crisis gravísima, tiene que asumir plenamente el carácter y la función de cultura universal (*Realidad. Revista de ideas* no. 1 1).

Defensora de la noción de “Occidente”, de la “cultura universal”, y del papel relevante de Europa como germen de esa cultura, *Realidad. Revista de ideas* proponía, empero, un rol activo para América, pero no ciertamente vinculado al costumbrismo o a lo pre-hispánico, sino más bien en su rol de heredera y continuadora:

A Europa corresponde el honor de haber concretado nuestra cultura, no sin incluir legados e injertos de otras más viejas. Pero los americanos no somos advenedizos [...]. Es tan nuestra como lo pueda ser de cualquier pueblo europeo actual. Lo es por la herencia común, lo es además por nuestros especiales aportes, y también por otros motivos: por el hábito esperanzado que el Occidente ha recibido del Nuevo Mundo, por la síntesis aquí realizada y en continuo trámite, por el aire y el movimiento que cobra en nuestras tierras. Desde el Descubrimiento, América ha sido la ilusión, el ensueño de Europa. [...] [América] vino a ser un contenido nuevo en la conciencia europea y, por ende, en la de nuestra cultura (*Realidad. Revista de ideas* no. 1 2)

En una carta a Francisco Romero, Gándara señalaba la necesidad de que la revista tuviera un carácter argentino, voluntad, esta, que le valió no pocas disidencias dentro de la redacción, que asociaban esa búsqueda con un empeño nacionalista:

la colaboración argentina debe ser la base de la revista [subrayado en el original]; por consiguiente, debe dársele preferencia, salvo extraordinaria excepción, sobre toda otra cosa. Sobre este punto no creo que pueda admitirse discusión alguna. Solo así tendrá *Realidad* sentido y éxito. Luzuriaga y Ayala (sobre todo Luzuriaga) me parecen sobreestimar la importancia de los artículos que nos lleguen de Europa. Me parece evidente que lo que más interesará al público de las dos Américas -- y tengo entendido que ese es el público que se desea alcanzar -- será aquello que digan los argentinos, lo que diga usted, lo que diga Mallea, lo que diga M[artínez]. Estrada, lo que tengan que decir quienes representan, en realidad, al país. Lo demás, lo europeo, es necesario, pero lateral (Gándara qtd. in Castillo Ferrer 223).

El rol de América era entonces el de “un papel capital en la necesaria extensión, presente y futura, al mundo entero, de los principios, modos y normas de la cultura de Occidente” (*Realidad. Revista de ideas* 1 3). Aunque no los nombra de forma explícita en este editorial, el “adversario” que enuncia *Realidad* es tanto el liberalismo como el materialismo histórico, y su defensa parece concretarse en una visión espiritual y más clásica de la cultura:

[...] a nuestro alrededor prosperan tendencias negativas, fuerzas que empujan al mundo, no hacia aquel deseable programa de vida, sino hacia la disolución de todo principio espiritual y aun de toda cultura. Contra esos impulsos destructores queremos elevar la voz de la razón, en una tarea clarificadora que afirme la validez suprema del espíritu y desentrañe con serenidad, energía e independencia su papel en la civilización y en la vida del hombre (*Realidad. Revista de ideas* no.1 3).

Hay, en *Realidad. Revista de ideas*, ya desde su título, una apuesta filosófica. El foco de la revista no se posa sobre teorías o expresiones artísticas, sino más bien sobre la cultura, y esta entendida desde un programa metafísico:

REALIDAD se llama esta publicación, porque intenta atender -- desde nuestro mirador argentino y con la contribución de muchas mentes vueltas hacia el enigma de nuestro tiempo -- a la vasta realidad contemporánea [...]. Le hemos puesto como subtítulo *Revista de Ideas*, porque en cuanto pensamiento y por el pensamiento interviene en lo real el escritor. Todo hecho humano, o se constituye sobre un armazón de ideas, o las tiene como ingrediente; todo hecho natural y humano se conoce, se juzga y se modifica mediante las ideas. Hechos e ideas componen la maraña de lo real [...]. La vida humana, como dijo un sumo poeta de realidades, está tejida “con la misma trama de nuestros sueños”¹. En este amplio sentido ponemos en nuestra portada realidad -- síntesis del hecho y de la idea -- , e ideas -- suma del pensamiento y del ideal (*Realidad. Revista de ideas* no. 1 4).

Carmen Gándara, quien era, además, una de las mecenas de *Realidad. Revista de ideas*, intervino en ocho números (1, 3, 4, 8, 12, 13, 14, 16), con un total de trece textos firmados³. Como se especificará luego, en las primeras publicaciones Gándara firma como “Carmen R. L. de Gándara”, mientras que en las que siguen firma como “Carmen Gándara” e incluso con las iniciales “C. G.” Esto no se debió a un matrimonio reciente, porque de hecho se casa con Jorge Gándara en 1920, es decir, casi tres décadas antes de la publicación de *Realidad. Revista de ideas*. La autora había comenzado a publicar regularmente en la década del cuarenta, cuando ella también tenía alrededor de cuarenta años. Su primera obra editada es *Kafka o El pájaro y la jaula*, por El Ateneo, en 1943, que aún firma como “Carmen R. L. de Gándara”. En cambio, la novela *El lugar del diablo*, publicada por Editorial Sudamericana en 1948, ya fue firmada como “Carmen Gándara”. La autora recordaba de esta forma aquellos años de descubrimiento de la vocación literaria y lo que sería el inicio de su amistad con Eduardo Mallea:

Nunca había pensado que podía escribir. Aunque nací en una casa donde casi no se hablaba sino de literatura -- y de política -- [...]. El lenguaje literario, la lectura de los grandes libros eran cosa muy importante en mi vida, pero no la vida misma. Eran la interpretación de una realidad que quería comprender. Entre los 30 y los 40 años una particular tristeza se mezcló a mi natural alegría de ser: era la tristeza de no servir. Por esos años conocí a María de Maeztu. Era extraordinariamente generosa, vital, espontánea. Un día le hablé de una novela recién leída de Faulkner. Se la di. No comprendió nada. Me hizo gracia que no viera en el libro lo que para mí era claro. Me puse a explicar, por escrito, lo que yo veía en el libro. Le di las cuartillas para que las leyera. Unos días después me dijo que había leído a un escritor -- que yo no conocía -- esas cuartillas y que ese escritor deseaba publicarlas. Le dije que estaba loca. Y así quedaron las cosas. Pasaron unos días y recibí una carta. Eduardo Mallea me pedía las páginas para darlas en el Suplemento literario de *La Nación* (Guasta, “Carmen Gándara” 393).

Durante esta misma entrevista, Gándara definió su modo peculiar de concebir la crítica estética, asunto que retomaría en uno de los textos publicados en *Realidad. Revista de ideas*: “Tanto la crítica como la creación literaria son métodos de investigación de la realidad. No considero que la crítica sea un ejercicio sino un modo de clarificar, de descubrir con el autor el misterio que nos envuelve. El crítico debería puntualizar y extender los caminos del autor” (Guasta, “Carmen Gándara” 395). Esta declaración da cuenta de que el modo de hacer crítica estética que a continuación se comentará era una estrategia consciente ejercida por la autora, con una finalidad reflexiva y hasta filosófica.

La crítica de Gándara en *Realidad. Revista de ideas*

En el primer número de *Realidad. Revista de ideas* (enero-febrero de 1947), Gándara publica una crítica sobre *Lago Argentino* (1955), novela de Juan Goyanarte. La autora comienza reflexionando acerca de la relación entre naturaleza y cultura. En sintonía con el editorial publicado en este número, al que antes se hizo referencia en este artículo, distingue a América de Europa: “La relación del hombre europeo con el paisaje que lo circunda es una vieja relación; [...] [Europa] es una tierra humanizada”, mientras que “La realidad americana se contrapone en esto a la europea. [...] Para nosotros, la tierra implica esfuerzo, invento, lucha”. Luego, en la misma página, “la convivencia con la tierra tiene todos los caracteres de una perpetua guerra”, y “En nuestro suelo [...] hay que empezarlo todo”. La relación del hombre con su medio, entonces, es bélica: una situación existencial de intemperie. El hombre americano es “un hombre que no tiene dentro

sino la imagen del futuro, y su relación con la tierra inhóspita, frente a la cual tiene que improvisar sin descanso nuevos recursos y defensas, es una relación desprovista de pasado y hecha de esperanza”. Su vida “sólo pende del futuro, cuya esencia es la fe” (Gándara, “Lago” 108).

Durante la primera carilla de la crítica, Gándara no menciona la novela de Goyanarte y, en cambio, propone una clave filosófica en tono ensayístico. Recién en la segunda carilla, comienza: “[este es] el estupendo asunto con el que se encara Juan Goyanarte en *Lago Argentino*” (Gándara, “Lago” 109). A partir de esta operación de lectura, la autora no comienza por la descripción de la obra y sus elementos, sino por un marco o teoría de su propio horizonte como lectora, y es a ese horizonte al que somete la obra:

Ahora bien, es evidente que el autor de este libro que paso a comentar no ha mirado de este modo las cosas, que no se ha planteado de esta manera el problema; es evidente que no se ha planteado ningún problema salvo el inmediato y bien difícil de contarnos la vida de un puñado de hombres entre los hielos y vientos de la cordillera austral.

Y en esta sencillez de intención residen la fuerza de la obra y su debilidad, sus carencias, y, a la vez, su mayor mérito; [...] Pero ¿y después? ¿Es, acaso, *Lago Argentino*, una gran novela? ¿Es, acaso, una obra de arte? (Gándara, “Lago” 109)

Con este comienzo, Gándara se centra en lo que, siguiendo a Umberto Eco (1990), podría denominarse hoy la *intentio lectoris* del crítico. La grandeza de la novela radicaría también en su capacidad de suscitar una lectura, incluso cuando, según Gándara, dicha lectura no haya sido prevista ni se encuentre explícitamente figurada en el texto de la obra. En el mismo artículo, la autora presenta su concepción de la crítica estética, definición particularmente relevante si se tiene en cuenta que se trata del primer número de *Realidad. Revista de ideas*:

Tal vez, el papel del crítico consista en plantearse los problemas que el artista no se ha planteado; que la conciencia del artista ha ignorado. Toda creación supone cierta dosis de inocencia y el crítico tiene ante sí el deber de medirla y de indicar algún posible, si lo hay, exceso en la cantidad del indispensable y peligroso ingrediente (Gándara, “Lago” 109).

Luego sí pasará Gándara a describir una serie de elementos propios de la obra para valorarla: elogiará los dos primeros capítulos, y diferenciará “modo” y “estilo”, aduciendo que la novela en cuestión tiene modo, pero carece de estilo. En el siguiente párrafo, por ejemplo, describe el uso de una aparente oralidad en Goyanarte, y cierra el fragmento de nuevo con un juicio general estético: “Pero Goyanarte, en más de una ocasión deja que las palabras se pisen las unas a las otras y que las repeticiones y negligencias enturbien la fluidez natural del párrafo. Y la naturalidad exige, para ser bella naturalidad, una larga paciencia” (Gándara, “Lago” 111). Se observa nuevamente una operación de crítica que consiste en abrir y cerrar la atención sobre el objeto, en acercarse y distanciarse de él, alternando entre un marco filosófico y la atención a detalles de estilo, en un movimiento de ida y vuelta.

El balance final de la obra es positivo, aunque no exento de dardos. “Ha terminado la ingrata tarea”, apunta, y sigue de nuevo situándose en un nivel filosófico en relación al vínculo entre obra y lector: “Y para resumirlo diré que somos, después de haberlo leído, más ricos de nosotros mismos que antes” (Gándara, “Lago” 112 y 113).

En el tercer número de *Realidad. Revista de ideas* (mayo-junio de 1947), aparece “Imágenes o fotografías”, una crítica de Gándara sobre un *film* inglés, *Dead of Night*. A diferencia de la crítica a *Lago Argentino*, esta comienza focalizándose en los sucesos de la trama, pero en seguida pasa a la reflexión filosófica acerca del cine en general:

Veamos: es obvio que vamos al cine -- todos, cualquiera -- porque el cine nos saca de la realidad sin más. [...] Ese mundo en que hemos entrado -- el del cine ideal -- es el mundo de las imágenes. [...] (Digo imágenes, no fotografías.) Conocíamos ya ese extraño continente, pues en la vida humana hay dos momentos en que las imágenes nos imponen su ley: el sueño y la fantasía (Gándara, “Imágenes” 418).

Luego de comenzar con la película casi como una excusa para una reflexión acerca de la naturaleza de la imagen, Gándara sigue su reflexión sobre el cine como tecnología:

El cine, en lugar de imágenes, nos da fotografías. En vez de colocarse en ese punto en que la realidad se dobla de irrealidad, sólo se propone copiar servilmente la cosa en sí. Cierto es que sus copias son excelentes y que nos da maravillosas fotografías. Mas he aquí que la más maravillosa fotografía no roza siquiera el clima en que vive la imagen, pues el clima en que vive la imagen es, sencillamente, última y, primeramente: la poesía (Gándara, “Imágenes” 419).

¿Qué significa que la poesía es el “clima” en que vive la imagen? La autora explica que la mención de la poesía puede causar desconfianza, pero que el lenguaje poético es el único que alcanza a todos los hombres. En un párrafo en el que define filosóficamente la significación poética, apunta que la poesía sucede en la distancia entre una cosa y su imagen. Es interesante observar que el pensamiento de Gándara sobre este asunto parece basarse primariamente en la definición aristotélica del signo, integrada por la cosa, la afición del alma y el mismo signo. Para Gándara, la poesía revela esencialmente la cosa:

Todo hombre, cada hombre está cargado de poesía, de materia poética, y de ella y por ella, quiéralo o no, sépalo o no, vive; porque cada ser humano, el más simple, el más basto, tiene la memoria poblada de imágenes y es portador, y portador deslumbrado, de ese milagro: la propia infancia. [...] *Dice el Diccionario de la Academia -- que algunas veces dice bien -- que la imagen es “figura, representación, semejanza o apariencia de una cosa”. Media, pues, entre la cosa y su imagen un trecho, trecho de aire o de luz, de sombra o de silencio, en cuyo trayecto tiene lugar la transubstanciación poética. [...] De las imágenes que viven en nosotros, vivimos; de ellas nutrimos nuestra voluntad. Y lo que en las imágenes es substancial no es su semejanza con las cosas y los cuerpos cuyo aspecto imitan sino, precisamente, la diferencia y distancia que las separa de ellos, aquello que las distingue de la realidad tangible; lo que les es peculiar es ese como temblor que recorre sus contornos, es esa mágica calidad de una apariencia que trasciende sus propios límites hasta convertirse en signo y cifra de aquello que retrata. [...] La imagen representa, la fotografía reproduce (Gándara, “Imágenes” 420 [la cursiva no es original]).*

Luego de este extenso y valioso discurso, que en el fondo se refiere a la condición metafísica del cine, Gándara regresa a la crítica literaria: “Este film inglés que he tomado como punto de partida no es, ni pretende ser, una creación sensacional; su mérito principal consiste en que está rodeado de esa distancia que promueve la acción química de cierta luz -- la fantasía -- y que, bajo esa luz, se desenvuelve con acierto y eficacia” (Gándara, “Imágenes” 421). La autora termina el texto con su tesis: “Si quiere sobrevivir a la peligrosa euforia de su infancia, si quiere perdurar, [el cine] tiene que ir hacia los poetas, tiene que pedir auxilio a la Poesía. A ella, *cuyo duro y jubiloso ejercicio consiste en ir a las esencias por la vía -- de sombra y luz -- de las formas*” (Gándara, “Imágenes” 423 [la cursiva no es original]). De las siete carillas que componen el texto completo de “Imágenes o fotografías”, poco más de media carilla se dedica a la película sobre la que comienza refiriéndose.

En el sexto número de *Realidad. Revista de ideas* (noviembre-diciembre de 1947), aparecen dos textos de Carmen Gándara en la sección “Irrealidad”. Este apartado solía incluir un conjunto de textos sobre diversas cuestiones, a menudo, aunque no siempre, firmado con las iniciales de sus autores. El primer texto de esta sección del sexto número, “Solo menor y solo mayor” (449-450), lleva las firmas de C. G. y G. T. Puede presumirse que las iniciales corresponden a Carmen Gándara y al español Guillermo de Torre. El noveno texto de la sección, “Hermano Hathucci” (454), lleva las iniciales de C. G. El primero de estos textos es una crítica corta a una muestra en el Museo Nacional de Bellas Artes sobre “arte español contemporáneo”, en la que se cuestionan las pinturas incluidas bajo la etiqueta de “arte contemporáneo”. El segundo, también en el sexto número, parece un microcuento o una anécdota sobre la conquista española. Incluso cuando lo hace solo con sus iniciales, estas pequeñas intervenciones serían las primeras en las que la autora firma solamente con el apellido de casada: recién en el número 12 de la revista firmará un artículo como “Carmen Gándara”, y no “Carmen R. L. de Gándara”. En el número siguiente, el 13, también aparecería ya en el consejo de redacción simplemente como “Carmen Gándara”, firma que adopta en adelante en los demás números de *Realidad*.

En el octavo número (marzo-abril de 1948), Gándara publica “La otra libertad”, un ensayo en el que critica un artículo publicado en el número 6 de la revista (noviembre-diciembre de 1947): “¿Qué es la literatura?”, cuyo autor es Jean Paul Sartre. Este texto de Sartre es uno de los dos artículos firmados por filósofos de gran renombre internacional que fueron publicados en *Realidad*. El otro es “Carta sobre el humanismo”, de Martin Heidegger, en los números siete (enero-febrero de 1948) y nueve (mayo-junio de 1948). La investigadora Paula Jimena Sosa sugiere que los editores de la revista “dejan entrever” simpatía por el pensamiento de Sartre (Sosa 13), y por esa razón la crítica de Gándara al filósofo francés indicaría, como ya se observaba en la carta a Francisco Romero anteriormente citada en este artículo, la firmeza y liberalidad intelectual de Gándara en *Realidad*.

Con sentido del humor, Gándara comienza refiriéndose al ensimismamiento de Sartre en lo francés y su “dimensión horizontal”, la inmanencia propia del existencialismo. “Sr. Sartre”, lo llama en el texto. En el mismo artículo se refiere de forma elogiosa a un artículo de José Ferrater Mora, que había sido publicado en el número 6 de *Realidad*. Al referirse al pensamiento del autor español, Gándara utiliza una metáfora para subrayar la diferencia con Sartre: “una frase suya que nos coloca en los altos de una terraza donde corre el aire y desde la cual podemos mirar para todos lados” (Gándara, “La otra” 253). La crítica de Gándara es, en este caso, filosófica; no hay aquí un acento estilístico, sino que la autora critica ideas y se resiste a las corrientes de pensamiento aparentemente antagonicas que observa cernirse sobre América:

Esta minoría, que no está, que no puede estar con el comunismo, ni con el socialismo (por cauto que sea), ni con fascismo alguno, porque el fascismo está todo él hecho de marxismo y no es sino una táctica surgida *frente a*, pero *de* la interpretación materialista de la historia, ni con el liberalismo escéptico e inconfesablemente ligado al más extremo capitalismo, esta

minoría sin voz, desparramada por el mundo, es la que detiene en sus manos sin armas el hilo conductor, y por eso se halla, en la hora de la lucha ciega, aparentemente “fuera de la historia” (Gándara, “La otra” 253).

En el mismo octavo número, Gándara publica dos pequeñas críticas, firmadas con sus iniciales, “C. G.”, en “Inventario”, una sección con breves comentarios sobre lecturas. La primera de ellas trata sobre la novela *Cefalú*, de Lawrence Durrell (Gándara, “Lawrence” 276). El segundo comentario es sobre la novela *The Loved One*, de Evelyn Waugh, que la revista *Horizon* había publicado de forma completa en febrero de 1948 (Gándara, “Evelyn” 277). Si bien también son valorativas, en estas críticas cortas la autora permanece en aspectos formales de las novelas. En este mismo número, en la sección “Irrealidad”, Gándara publica otros dos textos cortos, también firmados con sus iniciales. El primero, “La evolución del asiento” (282), consiste en una crítica sociológica de tono divertido sobre el cambio en el diseño de sillas y sillones con el paso del tiempo. El segundo, “Palabras y palabras” (283), se trata de una crítica a un autor que no se nombra sobre su costumbre de utilizar palabras desconocidas o en desuso.

En el número 12 de *Realidad. Revista de ideas* (noviembre-diciembre de 1948), Gándara publicó “Vándalos y dudadores. Comentario acerca de una escaramuza entre *Literatura Soviética y Horizon*”, un texto acerca de un debate entre dos conocidas revistas de la época, una soviética y la otra inglesa (Gándara, “Vándalos” 333). Gándara apoya de forma evidente a la revista inglesa: “Poco tiempo atrás, la revista soviética que lleva el nombre de una literatura inexistente creyó necesario lanzar un ataque a fondo a la pequeña revista publicada en Londres, *Horizon* (...)” (Gándara, “Vándalos” 333). La autora de la revista soviética es A. Elistratova, a la que Gándara llama “Sra. Elistratova”. Luego de dar cuenta de la rencilla entre estas dos revistas importantes de la época, la autora se vuelve, como en el caso de la crítica al artículo de Sartre “La otra libertad”, a su propio parecer contra el liberalismo. Cabe señalar que, si los soviéticos son los “vándalos”, los liberales son los “dudadores”. Si bien entonces defiende a *Horizon* frente a la diatriba de *Literatura soviética*, Gándara critica el liberalismo de la británica:

El liberalismo que no cree y vive “como si” creyera ha sido desbordado por su propia circunstancia. Ya no es ni psicológica ni prácticamente posible. Nuestros padres fueron liberales. Nosotros ya no podemos serlo. Sabemos, porque lo hemos sentido en carne propia, que el trance es infinitamente doloroso. ¡Se estaba tan bien en aquella casa, la Duda; la convivencia en ella era tan delicadamente sentimental, tan respetuosa de todo, tan distante de todo; [...] ¡Era tan suave aquella permanente fiesta, donde ninguno de los invitados incurría en la vulgaridad de ser realmente una presencia!

Su hora fue fácil, breve, matizada, como un tibio atardecer. Mas en su media luz, que apenas tocaba las formas, dormían, duermen -- fuego bajo cenizas -- quebrados destellos del sol medioeval. Todavía brillan aquí y allá rotos resplandores. Los valores absolutos están todavía a la vista de los hombres. (Gándara, “Vándalos” 336)

En la dicotomía liberalismo-marxismo, Gándara tomará partido por el cristianismo, sin que este signifique “apostolados protegidos por poderes temporales impuros” (Gándara, “Vándalos” 336), sino que lo vincula a una conciencia espiritual mayor. Dejando de lado -- nuevamente la autora pasa del detalle al marco -- el altercado entre las revistas, Gándara ubica la disputa en un escenario escatológico:

Pero sí tenemos que decir que abrigamos la convicción de que la sociedad de mañana será construida bajo el signo de Marx o bajo el signo de Cristo.

Para terminar, reproduciremos unas palabras proféticas de Newman, pronunciadas allá por 1840. Se hallan en la *Apologia pro vita sua*.

“Entonces, sí, tendrá lugar el recio encuentro. Cuando dos principios reales y vivientes, simples, enteros y consistentes, el uno dentro de la Iglesia, el otro fuera de ella, se lancen al final el uno sobre el otro, no ya para disputar acerca de nombres o palabras o puntos de vista intermedios, mas para imponer nociones elementales y caracteres morales diferentes.”

A los prolegómenos de esa batalla está asistiendo hoy el mundo (“Vándalos” 337).

En el número 13 (enero-febrero de 1949), Gándara publicará su texto más largo, “Vicisitudes de la novela”, de un total de diez carillas. El artículo trata, como es evidente desde el título, sobre un género literario, y la autora propone en seguida su tesis: la novela, luego de años de esplendor, es un género en crisis. Gándara cita a Ortega en relación con la idea de que la novela es un género cercano a la propia vida, un pequeño cosmos. Allí la primera idea acerca de la crisis del género: si la propia vida está en crisis, un género cercano a esa vida también lo estará. Sin embargo, Gándara se propone luego precisar más el propio discurso.

Para poder narrar un relato, la autora considera que hace falta una comunidad entre autor y lectores. Pero, además, alguien debe *ser* el que narra, debe haber alguien que narra. Tanto la necesidad de narrar desde una comunidad como la de ser uno mismo están en crisis para la autora, porque están en crisis los ejes de espacio y de tiempo, afectados por la tecnología audiovisual.

La novela era ¡en sus buenos, fáciles, pasados tiempos! una narración lineal de hechos y situaciones puestos ordenadamente ante nuestros ojos; esos hechos se sucedían tocándose, encadenados, lógicos, razonables. Poco a poco esos hechos fueron haciéndose más complejos, menos “hechos”, y el relato fue convirtiéndose cada vez más en exploración y autopsia de la realidad. Fue dejando paulatinamente de ser mera narración de lo visible para convertirse en empecinada investigación de lo invisible.

El narrador comienza a ser ya en las postrimerías del siglo XIX -- desde que los dos grandes rusos sacudieron la literatura universal -- no solo navegante curioso de nuevas orillas sino buzo, buceador vertiginoso de insospechadas honduras. Pero siempre el que narraba era una persona erguida sobre dos pies que estaban apoyados en el suelo.

Y he aquí que, cuando el campo abierto a la exploración novelística seguía complicándose y enriqueciéndose cada vez más, aunque en una misma línea, irrumpe en la vida moderna el cinematógrafo (Gándara, “Vicisitudes” 35).

El artículo se acerca a la tesis que Gándara había planteado ya en “Imágenes o fotografías”, en el tercer número de la revista (mayo-junio de 1947). A diferencia de lo que sucedía al leer las grandes novelas del pasado, actualmente las imágenes que “veía” el lector no eran propias, las que imaginaba, sino las que le proveía el cine. Al mismo tiempo, la imagen en el cine, a diferencia de la literatura, es ubicua, en continuo movimiento. “Nosotros, humanos, nunca habíamos visto así [...]. Gradualmente, el cine ha ido prestándonos su visión, y su visión es inhumana” (Gándara, “Vicisitudes” 36). La influencia de ese nuevo lenguaje en el suceso literario es, para la autora, un antes y después en el género:

[...] lo que importa no es ya aquello que la imagen significa, expresa o simboliza, sino su apariencia misma. Es muy curioso y un poco aterrador observar cómo describen ciertos

novelistas actuales; lo hacen como si fueran cámaras; son entes despersonalizados; componen con fragmentos, acumulan “tomas”, miran de aquí, luego de allí, suben, bajan, retroceden o se aproximan hasta darnos, sí, una sensación de realidad; pero ¿de qué realidad? Una realidad cinematográfica; es decir: una realidad espectral y sin centro: inhumana (Gándara, “Vicisitudes” 36).

En este punto, Gándara cambia nuevamente la distancia en relación al objeto de la crítica, y pasa de la disquisición filosófica acerca de la imagen a aproximarse a tres obras que funcionan como ejemplo de lo propuesto: *L'Étranger* de Albert Camus, *The Heart of the Matter* de Graham Greene y *La Romana*, de Alberto Moravia. Para la autora, las tres novelas han utilizado lenguaje cinematográfico en su modo de tratar las imágenes, como si en lugar de narrador hubiera una cámara, “como si quien cuenta fuera un objetivo” (Gándara, “Vicisitudes” 37). Para Gándara esto es una pobreza, porque justamente desaparece el narrador, con su riqueza subjetiva y su perspectiva. La influencia tecnológica no solamente afecta la experiencia espacial, sino también temporal. Regresa, entonces, de los ejemplos al marco filosófico:

Es obvio que nuestra noción del tiempo ha cambiado. Nuestro tiempo ya no es lineal, sucesivo; [...]. Mas no es que hayamos adquirido otra noción, precisa, de lo que el tiempo sea; es que no tenemos ninguna. No hemos hecho sino perder nuestra vieja sensación de estabilidad. Lo que nos queda, lo que hoy tenemos, marcadamente, profundamente, es la angustia del tiempo. Tan ansiosamente sentimos su misterio, tan dolorosamente nos oprime que el relato lineal inocente de su turbia trama de fondo, no nos satisface. [...] Aun para el hombre de la calle, que nada sabe de lo que acontece en el plano más alto de la inteligencia y de la investigación científica, Freud, Bergson, Einstein, no han vivido en vano. En el aire del mundo vibra un nuevo estremecimiento; se ha cortado en nuestras manos el hilo que sostenía, firme y sucesivo, el collar de nuestros días (Gándara, “Vicisitudes” 40).

Sin embargo, a pesar de este duro pronóstico del estado del género, la autora no se vuelve contra la novela. Al contrario, su preocupación por esta crisis proviene de que considera a la novela como un género necesario. Gándara parece concebir el valor del género no solo desde un punto de vista estético, sino también sociológico:

La novela es hoy, más que nunca, necesaria; sobre todo en países como el nuestro que tan poco saben de sí mismos. Nunca ha sido más necesario a cada hombre -- esa pobre isla -- el verse reflejado, interpretado, acompañado -- castigado o absuelto -- , por una literatura a la vez nacional y universal, inteligente y fraterna. En la Argentina, sólo la literatura, mostrándonos como somos y adónde vamos y ayudándonos a meditar sobre nosotros mismos, podría, quizá, unirnos a todos otra vez en una conciencia común (“Vicisitudes” 41).

En el número 14 de *Realidad. Revista de ideas* (marzo-abril de 1949), Gándara publica en la sección “Notas sobre libros” un artículo de tres carillas, extenso para la sección. Esta vez firma el artículo -- con su nombre, no con sus iniciales -- . Se trata del comentario a *Autobiografía de Irene*, de Silvina Ocampo, publicado por Sur en 1948. Nuevamente, Gándara comienza con una reflexión filosófica, en este caso sobre la poesía, a lo largo de más de una carilla. La reflexión es emotiva y de tono marcadamente trascendente. Hay un paralelismo entre la poesía y la creación, entre la palabra y la Palabra:

La poesía es comunicación, comunicación directa; es ese estado de desnudez, de virginidad, de prístina receptividad, anterior a todo lenguaje. En el mundo emocional, las cosas se perciben sin intermediarios; nos son dadas; cuando un hombre, en estado de emoción poética, está de pie frente al sol naciente, ve la calma brumosa y las hojas suspendidas en la sombra blanca como las vio Dios en el instante primero. Las cosas nacen en él, ante él; su ser -- el de las cosas -- es un nacer; el hombre las ve exactamente como si las estuviera creando. Y ve “que son buenas”. Y como son buenas las nombra como si las estuviera sacando de la nada [...]. [Las palabras] toman la forma de las cosas que nombran; son naturalmente metafóricas; [...] y el mundo todo es a la vez incendio y orquesta; es, en sí mismo, metáfora. [...] La razón sigue de lejos, absorta, asintiendo sin saber por qué, dando su asentimiento a ese otro orden que le está siendo revelado. Su papel es la de mera espectadora del prodigio. Sí; el estado de poesía es previo a todo; todo lo demás ha venido después (Gándara, “Silvina” 238-239).

Es en medio de esta reflexión cuando Gándara se refiere a la obra que se propone comentar a partir de una pregunta: ¿puede la poesía narrar?, y en seguida sigue:

Éste es el problema que, según nuestro parecer, plantea al crítico la *Autobiografía de Irene*, de Silvina Ocampo. Su autora es dueña de un registro poético dotado de singular calidad y fuerza; su poesía es Poesía, auténtica y cabal. No es este el momento de recordar su obra poética, ampliamente conocida y alabada; lo que hoy quisiéramos dilucidar es en qué medida su arte -- puesto que de arte se trata -- ha sabido pasar del ser al suceder, y cómo, ante el ojo hecho a percibir esencias, se enredan y desenredan en este libro, los hilos de la existencia humana (“Silvina” 240).

Para Gándara, los cinco relatos incluidos en el volumen no transcurren al modo de la prosa, que es el modo de un río, sino que reposan como en un “lago”. En términos de la autora:

Su lenguaje, en el que se cumple una consciente y elaborada naturalidad, es un lenguaje que refleja las cosas en su ser, y no sólo refleja las cosas en su ser esencial, ideal, sino que las detiene; cada una de las figuras que evoca está detenida, mirándose en el cristal de una prosa que no quiere saber de movimientos ni de viajes temporales (Gándara, “Silvina” 240).

Incluso existiendo un vínculo entre las autoras, Gándara se permite una crítica. No es, ciertamente, la observación ácida que refirió en otras críticas de *Realidad*, sino más bien una crítica elegante que golpea con dulzura y que señala como falencia precisamente una virtud: los relatos de Silvina si en algo fallan es en su falta de resolución narrativa, en su calidad de poemas más que de narraciones.

¿Cómo se resuelve la situación planteada? Pues bien; no se resuelve. Tan fuerte es el arraigo de la voz que ha evocado la melancolía de la vieja estancia, en el otro clima, en la otra tierra -- la región de las esencias -- que, al llegar al desenlace, éste es evitado, eludido, y todo ello se esfuma tras la fácil cortina de lo no sucedido. [...] Lamentamos que el impulso inicial del relato no lo haya llevado hasta un final digno de su comienzo. Resumiremos de este modo

nuestra impresión de un libro que no sólo debe ser leído sino meditado. Sus cinco relatos, escritos en prosa poética (la prosa, sin más, nació de las bodas, difíciles, triunfales, de la Poesía con el Tiempo), son, más que relatos, estampas o poemas. Todos ellos, cada uno de ellos, está rodeado de una atmósfera, de un aura, cuya sugestión nos persigue como un perfume aspirado en sueños. Su calidad literaria es noble y rara. Pero es, nos parece, en poesía, donde su autora alcanza mayor altura y más feliz expresión (Gándara, “Silvina” 241).

En el número 16 de *Realidad. Revista de ideas* (julio-septiembre de 1949), Gándara publica “Sócrates, la naturaleza y la muerte”. Aunque el texto es más bien un ensayo con aire de crítica, se incluye en “Crónicas”, una sección no habitual en la revista. En esta ocasión, la autora vuelve a tratar uno de sus temas centrales, el asunto de la representación y su relación con lo real. Desde el comienzo, el texto da cuenta bellamente de la tesis de la representación como acceso a lo real:

Para ver el sol -- dicen que decía Sócrates -- es mejor estudiarlo en el agua. Para conocer la verdad sería, pues, preferible observarla en su reflejo, en su trasunto, en su representación, seguir el juego de sus formas en el temblor del tiempo, buscarla ahí donde no está sino en su imagen... Éstas y otras palabras -- informes, leves, rápidas -- cruzaban por nuestra mente mientras Ruggero Ruggeri paseaba, noches atrás, los pliegues de su túnica blanca por una escénica cárcel de papel pintado (Gándara, “Sócrates” 92-93).

A pesar de que Gándara elogia en uno de los primeros párrafos la actuación del actor italiano Ruggero Ruggeri, se pregunta por qué, a medida que avanza la trama, crece el “descontento sutil y creciente” en el espectador. Su respuesta es precisamente la “naturalidad” del actor. Es entonces cuando la autora vuelve a remontarse a la propia reflexión sobre cómo representar aquello que *es*, especialmente en el caso de la muerte de Sócrates, un suceso largamente narrado y referido a lo largo de la historia. Gándara parece sugerir que verlo al natural, como si sucediera, lo vuelve un hecho extraño: “lo que se interpone entre el Sócrates platónico y nuestra emoción es, precisamente, esa naturalidad absoluta del gran actor” (Gándara, “Sócrates” 93).

Conclusiones

En los trece textos que Carmen Gándara publica en *Realidad. Revista de ideas*, manifiesta una voz crítica madura, con un pensamiento articulado y una línea de intereses definida, que aborda cuestiones recurrentes y las somete a examen desde una perspectiva filosófica y estética. En esos artículos, Gándara sostiene un estilo coherente que revela no solo un modo particular de ejercer y escribir la crítica, sino también, y, aun antes, una operación de lectura, una forma de pensamiento que se configura en la lectura y en la escritura de esa lectura. Gándara observa el objeto que critica desde un horizonte de reflexión propio; critica desde un sitio y un tiempo -- América, la Argentina; la propia clase, de la que es muy consciente; los años de posguerra -- y al mismo tiempo observa ese escenario desde el objeto que critica. El interés de Gándara por la obra estética es metafísico, en el sentido de que busca en ella una revelación de lo real y no únicamente una perfección formal. En una entrevista con Eugenio Guasta, ella misma sugiere que “el lenguaje literario, la lectura de los grandes libros eran cosa muy importante en mi vida, pero no la vida misma. Eran la interpretación de una realidad que quería comprender” (Guasta, “Carmen Gándara” 393), y también: “[la poesía] consiste en ir a las esencias por la vía [...] de las formas” (Gándara, “Imágenes” 423).

La operación interpretativa de la autora se concreta en textos en los que se observa una gimnasia peculiar: de detalles estilísticos o formales, la autora llega a reflexiones filosóficas no directamente vinculadas con el objeto de la crítica, o, al revés, parte de reflexiones y luego arriba a las obras, casi como si las obras fueran una excusa para pensar lo real. Esta agilidad de su lectura se relaciona con las dos definiciones de crítica que ha dado la autora: una en la entrevista con Guasta y otra, precisamente en el primer artículo de *Realidad*. En estas definiciones, Gándara refería que “Escribir me enseñó a pensar coherentemente, a deducir cuidadosamente, a poner en claro”, y que su interés era “colocarme ante la realidad con la voluntad de mirarla bien y de extraer de ella su mensaje o su cifra”, y luego explicaba que crítica y literatura eran “métodos de investigación de la realidad”, “un modo de clarificar, de descubrir con el autor el misterio que nos envuelve” (Guasta, “Carmen Gándara” 394 y 395). En relación con lo que podía sumar la reflexión del crítico, Gándara señalaba que este debía “plantearse los problemas que el artista no se ha planteado; que la conciencia del artista ha ignorado” (“Lago” 109).

Este estilo de crítica de Gándara se aleja de un modelo estructural, pero no renuncia a la justicia frente a la obra, porque la descripción valorativa y la propia reflexión aparecen diferenciadas. Recuerda, más bien, a una crítica hermenéutica, semejante a aquello que, décadas más tarde, Paul Ricoeur propondría en su hermenéutica del texto: “Esta convicción de *la precedencia de un ser* que pide ser dicho respecto de nuestro decir *explica mi obstinación por descubrir en los usos poéticos del lenguaje el modo referencial apropiado a esos usos [...]*” (35-36 [la cursiva no es original]).

Esta operación textual de aproximación y distanciamiento de la obra se observa especialmente en los siguientes textos: “Lago Argentino”, “Imágenes o fotografías”, “Vicisitudes de la novela”, “Silvina Ocampo: *Autobiografía de Irene*. Ed. Sur, Buenos Aires, 1948” y “Sócrates, la naturaleza y la muerte”. Coincidentemente, en esos mismos textos, la autora se refiere a uno de sus ejes de reflexión más relevantes a lo largo del corpus de *Realidad*: la relación entre representación y realidad, y la naturaleza de la imagen y de la palabra.

Otro de los temas importantes en el corpus es la crítica filosófica de Gándara tanto al liberalismo como al materialismo, presente especialmente en los textos “La otra libertad” y “Vándalos y dudadores. Comentario acerca de una escaramuza entre *Literatura Soviética y Horizon*”. Un tercer tema es la búsqueda de una identidad americana y argentina, presente, especialmente, en “Lago Argentino”.

La obra de Carmen Gándara, poco leída y estudiada en la actualidad, resulta de interés no solo por su valor literario, sino también por la premisa propuesta por la autora acerca de que la literatura es una forma de comprender y de habitar el mundo. Frente al riesgo de que la expresión creativa se volviera técnica o fotográfica, la autora buscó que la lectura no renunciara a una interpretación fértil e imaginativa. Este valor filosófico que Gándara otorga al suceso estético se evidencia en el estilo de sus textos críticos.

Notas

¹ Mención en el primer editorial de *Realidad. Revista de ideas* a las palabras de Próspero en el acto IV, escena 1 de *La tempestad*, de W. Shakespeare.

² Walsh se refiere en este fragmento a la actitud de Gándara en relación al expresidente argentino Juan Domingo Perón y a su esposa Eva Duarte de Perón.

³ En el número 15 de *Realidad. Revista de ideas* (mayo-junio de 1949), aparece una crítica de Eduardo González Lanuza a la novela *El lugar del diablo*, de Gándara (González Lanuza 366); y en los números 17-18 (septiembre-diciembre de 1949), que se publicaron juntos, la escritora y compositora argentina María Elena Walsh publicó una crítica sobre una obra de Ana Gándara, hija de Carmen y también escritora (Walsh, “Ana Gándara” 311). Ambos textos no forman parte de la crítica publicada por Gándara en *Realidad*, por lo tanto, no se analizan en el presente artículo.

Obras citadas

- Bioy Casares, Adolfo. *Borges*, edited by Daniel Martino, Editorial Destino, 2006.
- Castillo Ferrer, Carolina. “Lo mejor se alía como siempre: *Realidad* en la correspondencia de sus colaboradores”, edited by Carolina Castillo Ferrer and Milena Rodríguez Gutiérrez, *Cuadernos de la Fundación Francisco Ayala*, no. 7, 2013, pp. 207-239.
- Guasta, Eugenio. “Entrevista a Carmen Gándara”. Cervantes Virtual, 2000, https://www.cervantesvirtual.com/s3/BVMC_OBRAS/027/5a3/ba8/2b2/11d/fac/c70/021/85c/e60/64/mimes/0275a3ba-82b2-11df-acc7-002185ce6064_26.html Accessed 16 Aug. 2025.
- Eco, Umberto. *Los límites de la interpretación*. Lumen, 1990.
- Editorial de *Realidad. Revista de ideas*, vol. 1, no. 1, ene.-feb. 1947, 1-4.
- Gándara, Carmen. “Evelyn Waugh: *The Loved One*, Horizon, Londres, 1948”. *Realidad. Revista de ideas*, vol. 3, no. 8, mar.-abr. 1948, 277.
- Gándara, Carmen. “Hermano Hathucci”. *Realidad. Revista de ideas*, vol. 2, no. 6, nov.-dic. 1947, 454.
- Gándara, Carmen. “Imágenes o fotografías”. *Realidad. Revista de ideas*, vol. 1, no. 3, may.-jun. 1947, 417-423.
- Gándara, Carmen. “Lago Argentino”. *Realidad. Revista de ideas*, vol. 1, no. 1, ene.-feb. 1947, 108-115.
- Gándara, Carmen. “La evolución del asiento”. *Realidad. Revista de ideas*, vol. 3, no. 8, mar.-abr. 1948, 282.
- Gándara, Carmen. “La otra libertad”. *Realidad. Revista de ideas*, vol. 3, no. 8, mar.-abr. 1948, 251-253.
- Gándara, Carmen. “Lawrence Durrell: *Cefalú*, Editions Poetry, Londres, 1947”. *Realidad. Revista de ideas*, vol. 3, no. 8, mar.-abr. 1948, 276.
- Gándara, Carmen. “Palabras y palabras”. *Realidad. Revista de ideas*, vol. 3, no. 8, mar.-abr. 1948, 283.
- Gándara, Carmen. “Silvina Ocampo: *Autobiografía de Irene*. Ed. Sur, Buenos Aires, 1948”. *Realidad. Revista de ideas*, vol. 5, no. 14, mar.-abr. 1949, 238-241.
- Gándara, Carmen. “Sócrates, la naturaleza y la muerte”. *Realidad. Revista de ideas*, vol. 6, no. 16, jul.-ago. 1949, 92-95.
- Gándara, Carmen. “Vándalos y dudadores. Comentario acerca de una escaramuza entre *Literatura Soviética y Horizon*”. *Realidad. Revista de ideas*, vol. 4, no. 12, nov.-dic. 1948, 333-337.
- Gándara, Carmen. “Vicisitudes de la novela”. *Realidad. Revista de ideas*, vol. 5, no. 13, ene.-feb. 1949, 32-41.
- Gándara, Carmen, y Guillermo de Torre. “Solo menor y solo mayor”. *Realidad. Revista de ideas*, vol. 2, no. 6, nov.-dic. 1947, 449-450.
- González Lanuza, Eduardo. “Carmen Gándara: *El lugar del diablo*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1948”. *Realidad. Revista de ideas*, vol. 5, no. 15 may.-jun. 1949, 366-369.
- Guasta, Eugenio. “Victoria, María Rosa y Carmen”. *Revista Criterio*, n.º 2390, 2013, https://www.revistacriterio.com.ar/bloginst_new/?p=8043. Accessed 10 Aug. 2025.
- Guasta, Eugenio. “Carmen Gándara: 1900-2000”. *Boletín de la Academia Argentina de Letras. BAAL*, LXV, 2000, 393-396.
- Macciuci, Raquel. “El campo intelectual y el campo literario de *Realidad*”. *Diez ensayos sobre Realidad, Revista de Ideas (Buenos Aires, 1947-1949)*, edited by Carolina Castillo Ferrer and Milena Rodríguez Gutiérrez, *Cuadernos de la Fundación Francisco Ayala*, no. 7, 2013, pp. 45-70.
- Martín, Francisco José. “Filosofía y crisis de la modernidad en *Realidad*”. *Diez ensayos sobre Realidad, Revista de Ideas (Buenos Aires, 1947-1949)*, edited by Carolina Castillo Ferrer and Milena Rodríguez Gutiérrez, *Cuadernos de la Fundación Francisco Ayala*, no. 7, 2013, pp. 167-187.
- Ricoeur, Paul. *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*. Translated by Pablo Corona. Fondo de Cultura Económica, 2002.

- Schmich, Niklas. "La literatura comprometida en circulación: Realidad y las revistas culturales europeas." *Orbis Tertius*, vol. 29, no. 39, 2024, https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.18113/pr.18113.pdf. Accessed 4 Nov. 2025.
- Silva de Rodríguez, Cecilia R. *Carmen Gándara: pensamiento, temática y estilo*. Tesis doctoral, The University of Oklahoma, 1975.
- Sosa, Paula Jimena. "La revista *Realidad* y su papel en el campo filosófico en los comienzos del primer peronismo". *Quinto Sol*, Vol. 29, N° 2, mayo-agosto 2025, 1-22.
- Walsh, María Elena. "Escenas de la vida literaria". *La Nación*, 1998, <https://www.lanacion.com.ar/cultura/escenas-de-la-vida-literaria-nid215102/>. Accessed 10 Aug. 2025.
- Walsh, María Elena. "Ana Gándara: *Génesis*, Buenos Aires, 1949". *Realidad. Revista de ideas*, Vol. 6, no. 17-18, sept.-dic. 1949, 311-313.

Received September 1, 2025
Accepted November 14, 2025